

CHILE: POLITICA, MORAL Y COMPROMISO

Alejandro WITKER*

“El hombre de actos respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte y llegó a conocerle la hermosura, no acata ni puede acatar la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón, es vencido, en los tiempos de acción por el político de acción, vencido y despreciado... a menos que, a la hora de montar no se eche la razón al frente y monte. La razón si quiere guiar, tiene que entrar a la caballería; morir, para que la respeten los que saben morir”.

José MARTÍ¹

Las cien flores ideológicas de la izquierda chilena fueron un obstáculo serio para el Gobierno Popular.

Todo el proceso revolucionario requiere, para no congelarse, una amplia y profunda discusión ideológica. Sin embargo, una cosa es el debate creador y constructivo que reconoce fronteras en la disciplina revolucionaria y otra muy distinta el liberalismo irresponsable del intelectualismo pequeñoburgués.

* Ex-director del Consejo de Difusión de la Universidad de Concepción, Chile, prisionero del fascismo chileno del 14 de septiembre de 1973 al 7 de septiembre de 1974, actualmente en México.

¹ Citado por la Dirección Política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, *Historia de Cuba*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971. p. 340.

Surgió una artificiosa disputa entre «revolucionarios» y «reformistas» que impidió analizar los hechos sin complejos de caer en el anatema descalificante. Ciertos iconoclastas demolían con epítetos a la «izquierda tradicional», olvidando que la profundidad del proceso revolucionario que vivía Chile era el resultado de medio siglo de lucha de los partidos históricos de los trabajadores chilenos: socialistas y comunistas, sin desconocer sus errores y debilidades, pero sin minimizar su enorme obra revolucionaria.

Los acontecimientos iniciados el 11 de septiembre de 1973 habrían de modificar sustancialmente el marco en el cual se daba esta curiosa disputa por el título de «revolucionario». El golpe estableció bases objetivas para calibrar a los interesados en esa polémica: la calidad moral y la responsabilidad como dirigentes. Demostró que los calificativos *a priori* eran imágenes que no siempre correspondían a la realidad. La represión probó la calidad del acero de cada cual: «duros» y «blandos» tuvieron la oportunidad de actuar. Ahora nadie se llama a engaño con las palabras o las apariencias.

En primer lugar, el Presidente Allende, acusado de «blando», dio lecciones de heroísmo, coraje y consecuencia revolucionaria, que contrastó con muchos «duros» que corrieron a refugiarse a las embajadas al primer disparo.

El Comité Central del Partido Socialista asumió su responsabilidad y sus miembros, encabezados por el secretario general, Carlos Altamirano, empuñaron las armas y combatieron en las poblaciones de Santiago, donde cayeron cumpliendo su deber revolucionario Arnoldo Camú y Eduardo Paredes.²

Altamirano no se asiló. Por orden del Comité Central salió del país, eludiendo la tenaz persecución de quienes pusieron precio a su cabeza, para encabezar el secretariado encargado de representar al partido en el ámbito internacional.³

En marzo cayó en manos de los militares Gustavo Ruz Zañartu, ex-secretario general de la Juventud Socialista y miembro de la Comisión Política del ps. Ruz fue sometido a feroces castigos que lo tuvieron al borde de la muerte, no obstante, su conducta revolucionaria ha causado asombro a sus propios verdugos.

Mientras trabajaba en la clandestinidad fue capturado y asesinado otro miembro del Comité Central del ps, Víctor Sérega, agregando su nombre a la lista de los héroes de la revolución chilena.

² Junto al Presidente Allende murió en la Moneda el subsecretario general de gobierno y dirigente socialista Arsenio Poupin.

³ El Comité Central acordó que ninguno de sus miembros buscaría asilo sino por orden del partido. La misma decisión adoptó el Comité Central de la Juventud Socialista cuyos dirigentes han cumplido una heroica tarea en la resistencia junto al Comité Central.

En un documento emanado del Comité Central del ps se subraya, con ejemplar honestidad, que en la hora de la autocrítica sus integrantes reconocerán su principal cuota de responsabilidad en la derrota del 11 de septiembre y llaman al partido a orientar la discusión con espíritu constructivo, y a *exigir autoridad moral para criticar*. Nada parece más justo que este planteamiento, porque la autocrítica revolucionaria no puede ser oficio de charlatanes sino de hombres consecuentes en las palabras y en los hechos.

Los hombres de Dawson

En esta línea de consecuencia revolucionaria, merecen especial mención el grupo de dirigentes de los partidos de izquierda y altos funcionarios del Gobierno Popular, que se ha conocido como «los hombres de Dawson», por el nombre de la isla austral a la cual fueron confinados. Los nombres de:

Luis Corvalán, Clodomiro Almeyda, Edgardo Enríquez, Aniceto Rodríguez, Jorge Tapia, Daniel Vergara, Orlando Retelier, Julio Stuardo, Aníbal Palma, Alejandro Jiliberto, Hugo Miranda, José Cademártori, Camilo Salvo, Alfredo Joignant, Enrique Kirberg, Carlos Morales, Orlando Cantuarias, Anselmo Sule, Jaime Tohá, Pedro Felipe Ramírez, Fernando Flores y otros se han convertido en verdaderos símbolos morales y políticos de la resistencia chilena por su valerosa actitud frente a los desmanes del fascismo y por su espíritu unitario. Ellos han sido dignos de la confianza que el pueblo tuvo en su gestión pública y han entregado un vibrante ejemplo de responsabilidad política.

Cuando un periodista brasileño logró entrevistar a Luis Corvalán, tuvimos el primer testimonio directo de las condiciones imperantes en Dawson para los prisioneros políticos: trabajo forzado, vejámenes, torturas, hambre, indefección sanitaria. Fueron las valientes palabras de Corvalán la primera evidencia del extraordinario vigor moral de líder comunista, fiel reflejo del «espíritu Dawson».

Posteriormente, Clodomiro Almeyda denunció ante la opinión pública internacional con igual valentía: «Me mantuvieron durante un mes con los ojos vendados y he sufrido toda clase de vejámenes».

Para muchos prisioneros, la noticia de estas declaraciones formuladas por Corvalán y Almeyda desde sus celdas, resultó un verdadero impacto. Sólo gente que ha conocido el terror desatado por los fascistas al interior de los campos de concentración, puede medir la significación moral de las denuncias de Corvalán y Almeyda.

Corvalán y Almeyda eran en Dawson las figuras más representativas de la izquierda chilena.

Corvalán, Secretario General del Partido Comunista, ya había conocido un campo de concentración cuando en 1949 el gobierno de Gabriel González Videla, lo confinó al desolado puerto nortino de Pisagua. Maestro primario y periodista, ha entregado su vida a la lucha social y conquistado el respeto ciudadano por su trayectoria militante. Sin embargo, habría de ser en Dawson cuando el nombre de Corvalán alcanzara su mayor grandeza nacional e internacional. Su coraje para denunciar los horrores del fascismo al mundo y su notable calidad humana, le dieron una legítima autoridad moral entre sus compañeros de prisión y su imagen se proyectó hasta el último rincón de Chile, y más allá de las fronteras como uno de los símbolos del valor revolucionario de nuestro pueblo.

Almeyda es miembro de la Comisión Política del Partido Socialista de Chile, al que ha entregado su reconocido talento y virtudes revolucionarias durante más de treinta años. La figura de Almeyda trasciende hace tiempo las fronteras partidarias y ha conquistado un sólido prestigio público, nacional e internacional. Como Ministro de Relaciones Exteriores y vicepresidente de la República en el Gobierno del Presidente Allende contribuyó decididamente a proyectar sobre el mundo una imagen positiva del proceso chileno. Ha sido el resultado de esta proyección internacional, la gigantesca solidaridad que ha rodeado a nuestro pueblo y la presión sin precedentes que todas las instancias de la comunidad internacional realizaron por su liberación.

La experiencia de Dawson ha mostrado a Chile y al mundo que el prestigio de Almeyda se alzaba sobre bases sólidas y sus palabras y sus hechos conforman una unidad militante ejemplar.

Al 11 de septiembre, José Tohá, no ocupaba ningún cargo ministerial ni de dirección política, sin embargo, su alta responsabilidad revolucionaria y su invariable lealtad hacia el presidente Allende lo impulsaron a dirigirse a la Moneda. Tohá, en la hora definitiva no olvidó que su nombre se vinculaba al proceso político sometido a prueba y no vaciló en situarse al lado del presidente con todos los riesgos que los auténticos líderes no eluden jamás. Tohá fue hecho prisionero y posteriormente trasladado a la isla Dawson, donde recibió una de las mayores cuotas de vejaciones y violencia física. Su martirio terminó con su valiosa vida, lo que privó a la izquierda chilena de uno de sus mejores dirigentes, el 15 de marzo de 1974.

La muerte de José Tohá fue el golpe moral más fuerte que recibimos en nuestra larga permanencia en Chacabuco.

Al día siguiente llegó a Chacabuco un grupo de mujeres de Concepción a visitar a sus familiares. Mi compañera me contó que conocieron la trágica noticia cuando el *bus* se detuvo en Copiapó, al amanecer del día 16.

Una compañera, dijo, compró un periódico y al leer el principal titular estalló en llanto; al instante la rodeamos, mientras otra compañera comenzó a leer la noticia en alta voz. El grupo enmudeció y las lágrimas comenzaron a rodar por nuestras mejillas... El sacerdote católico Julio Olivares, propuso un minuto de silencio que guardamos con profunda emoción.

Al reanudar el viaje, prosiguió, la conversación estuvo centrada en el recuerdo de la noble figura de José. Nadie dudaba que había sido asesinado y todas compartimos la opinión que el pueblo chileno perdía a uno de sus mejores hijos... ¿Quién podía discutir que José había proyectado una de las mejores imágenes del verdadero revolucionario, ponderado, inteligente, honesto, fraternal y generoso?

Pensábamos —agregó— que esta noticia causaría profundo dolor en Chacabuco como en todos los rincones de Chile... No en vano José era un símbolo para todos nosotros.

Le conté que en Chacabuco hubo lágrimas y recuerdos sobre la vida de quien entregó lo mejor de sí para su pueblo. Efectivamente, José demostró desde temprano su vocación de luchador social. Siendo presidente del Centro de Estudiantes del Liceo de Hombres de Chillán, su ciudad natal, concibió y realizó un proyecto que muchos miraron como una ilusión juvenil: fundó un Liceo Nocturno para obreros y empleados. José y sus compañeros se convirtieron en maestros y, sin remuneración alguna, trabajaron con la responsabilidad de estudiantes revolucionarios, maduros y consecuentes.⁴

En esa misma ciudad fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes de Ñuble y, más tarde, culminó su carrera de líder estudiantil en la presidencia de la Federación de Estudiantes de Chile, siendo alumno de Derecho en la Universidad de Chile.

A la generación universitaria de José Tohá correspondió librar una heroica lucha contra el régimen de Gabriel González Videla, autor de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y el Pacto Militar con los EUA. En el centro de esos combates su figura alcanzó dimensiones nacionales.

Como militante socialista, José sintió intensamente la tarea partidaria, siempre con abnegación y ajeno a todo cálculo mezquino personal o de grupo. En la organización alcanzó las más altas dignidades: miembro del Comité Central de la Juventud y del Partido. Amigo

⁴ En ese Liceo Nocturno laboraron sucesivas generaciones de estudiantes sin recibir más estímulo que la satisfacción de traducir nuestro compromiso político en una comunicación viva y fecunda con los trabajadores. Uno de los sucesores más brillantes de José Tohá en la rectoría, fue Jorge Tapia Valdés, compañero suyo en el gabinete de Salvador Allende y luego en la prisión de Dawson.

inseparable de Salvador Allende, no ocultaba su admiración por el hombre a quien desde temprano visualizó como el líder indiscutido del movimiento popular chileno. Lo acompañó en sus largas y duras batallas, siempre con eficiencia y lealtad. Cuando Allende llegó a la presidencia se convirtió en uno de sus colaboradores más directos: Ministro del Interior, Ministro de Defensa y vicepresidente de la República. En todos estos cargos lució su genio de estadista y la transparencia de su calidad humana. Sin estridencias, impuso su palabra serena y conquistó un sólido prestigio en la opinión pública.

La derecha percibió el significado de Tohá como jefe político del gabinete del Presidente Allende. Mientras Tohá estuviese en el Ministerio del Interior, no sería fácil deformar la imagen del gobierno. Y además, como lo reconoció un personero conservador "los socialistas como el señor Tohá son los más peligrosos porque con su serenidad dan una imagen angélica de la Revolución..."

—¿Por qué ellos se ensañaron con José? —escribe el general Prats a su esposa Moy— porque a cada uno de los comités de hoy les torturaba la evidencia de que, dentro de la Unidad Popular, José era quien mejor los conocía. Los observó humildes y obsecuentes, los vio hacer genuflexiones y supo de sus miserias íntimas, de sus celos interarmas, de su concupiscencia y frivolidad, de sus limitaciones intelectuales y culturales y de la farsa de su lealtad.

José Tohá tenía mucho que decir y cada palabra suya, avallada por su incuestionable autoridad moral, habría tenido la fuerza suficiente para derribar de su autoerigido pedestal a los apóstatas del profesionalismo militar. ¿Y cómo podrían contratar a José? ¿Cómo podrían vituperarlo si hasta la mención de sus convicciones ideológicas iba a serles contraproducente? Porque no les resultaba tolerable ni compatible exhibir como «marxista» a un ser de tanta sensibilidad social, de tanta nobleza y dignidad personal y de tanta misericordia humana.⁵

¿Cómo explicar la extraña muerte de José a una opinión pública que tenía sobre su personalidad una impresión irreprochable? Cada general dio su propia versión de la muerte: "Se colgó de la puerta de un ropero"... "se suicidó en el baño...". Incluso uno, que no pudo evitar la presión invisible de la acusación pública, se atrevió a decir con inaudito cinismo: "Siento la muerte del señor Tohá".

Pronto supimos del funeral de José Tohá, al que nosotros asistimos desde nuestro encierro en el pensamiento de muchas horas. Con

⁵ Carta a Moy de Tohá, Buenos Aires, 29 de agosto de 1974. Publicada en *Chile Democrático*, órgano oficial de la izquierda chilena, no. 34, Roma, noviembre-diciembre, 1974, p. 4.

Tohá se enterraba una parte de la mejor tradición partidaria: una militancia antigua y consecuente que se convierte hoy en tradición y prestigio para el Partido Socialista de Chile.

Supimos que miles de chilenos desafiaron el terror y lo despidieron en el Cementerio General. Que desde aquellas columnas acongojadas, se lanzó una y otra vez, como un latigazo en el rostro de los asesinos, el grito de la rebeldía popular: "¡José Tohá... Presente...!"

Profunda impresión provocó en el campo de Chacabuco la noticia de la presencia en los funerales de Tohá de Aniceto Rodríguez y su tentativa de hablar a nombre del Partido. Aniceto, venía saliendo de Dawson y con ejemplar actitud militante asumió la representación socialista en un instante que registrará la historia.

El doctor Edgardo Enríquez Frodden había asumido el Ministerio de Educación hacía sólo unas pocas semanas; pero el nombre del doctor Enríquez, se asociaba a la Universidad de Concepción, principal foco de tensiones políticas de las universidades chilenas.⁶

En 1969, el gobierno de Frei culminó su escalada contra la Universidad de Concepción con un asalto policial que conmocionó al país. En aquellos hechos, la figura del doctor Enríquez alcanzó relieve nacional cuando asumió con energía la defensa de su universidad avasallada.

Bajo su rectoría, la Universidad de Concepción se comprometió inequívocamente con el proyecto revolucionario del Presidente Allende, quien en los tres años de su gobierno fue invitado por el doctor Enríquez a inaugurar el año académico en la Universidad.

A comienzo de 1973, el doctor Enríquez terminó su rectorado y junto al vicerrector Galo Gómez recibió un homenaje sin precedentes en la historia de las universidades chilenas. La Federación de Estudiantes y la Central Única de Trabajadores expresaron públicamente su reconocimiento a ambas autoridades universitarias.

En Dawson, el doctor Enríquez dio nuevas lecciones de su dignidad como maestro de juventudes y una impresionante demostración de sus ideales democráticos. Para todos sus compañeros de prisión estuvo siempre atento a brindarles atención médica y alentarlos con su valerosa palabra.

Orlando Cantuarias, ex-ministro de Minería y Vivienda se asiló en los primeros días del golpe en la embajada de Suecia. A las pocas semanas conocimos por la prensa una noticia desconcertante: Cantuarias renunciaba al asilo y se entregaba voluntariamente a los militares para ser juzgado. ¿Cómo explicar esta decisión cuando era evidente que no existía garantía alguna para un juicio honesto y además, el riesgo inminente de las torturas, incluso del asesinato?

⁶ Además, pesaba sobre el doctor Enríquez una «grave acusación»: era padre del líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Miguel Enríquez.

Meses después pudimos conocer las razones de Cantuarias: quería compartir con sus compañeros de partido la misma suerte. No podía permanecer tranquilo asilado en una embajada, mientras sus compañeros asumían las responsabilidades propias de sus cargos políticos.

Podrá discutirse desde el punto de vista «práctico» este paso de Cantuarias, pero los trabajadores chilenos lo registrarán en su memoria como un gesto de nobleza que habrá de considerarse en la hora de la evaluación de la conducta moral de los dirigentes de la izquierda chilena.

El senador Hugo Miranda fue uno de los hombres que se alzaron a mayor altura moral desde las primeras horas del 11 de septiembre. Desde luego, estuvo en la Moneda con el Presidente Allende y participó en varias reuniones partidarias en las horas cruciales.

El embajador de México, Martínez Corbalá, fue a buscarlo personalmente para ofrecerle asilo, posibilidad que rehusó porque "no podía adoptar decisiones personales en una hora en que había que asumir responsabilidades colectivas a nivel de dirección". Miranda fue detenido y trasladado a isla Dawson donde fue designado delegado de los prisioneros ante las autoridades militares, cargo que conservó hasta el día siguiente de la muerte de Miguel Enríquez. En efecto, Miranda, amigo leal del padre del líder del MIR, le envió desde la prisión un mensaje de condolencias, actitud que los militares castigaron con su destitución como delegado y que nosotros recogemos como un significativo gesto de nobleza política.

En el ejercicio de su cargo, Miranda se comportó con ejemplar firmeza y dignidad. Cuando los visitó en Dawson el Coronel Espinoza, entabló con éste un diálogo que es uno de los testimonios más ilustrativos de su hombría y entereza moral: defendió la legalidad del gobierno de Allende y señaló que la junta fascista era una autoridad ilegal e inmoral. Cuando llegó hasta Ritoque la comisión investigadora de la OEA, fue el encargado de hacer la relación de los hechos a nombre de sus compañeros, misión que cumplió otra vez con claridad y valentía.

Resulta aleccionador registrar conductas como las de Hugo Miranda, de filiación socialdemócrata, a años luz de otras conductas «revolucionarias», que han sido un verdadero *striptease* del oportunismo que se escondía tras su «dureza» verbal.

Un grupo de prisioneros provenientes del Estadio Chile, nos entregó en Chacabuco el testimonio de la valerosa conducta de otro de los hombres de Dawson, Julio Stuardo González, ex-Intendente de la Provincia de Santiago.⁷

⁷ Ex-vice-rector de la Universidad de Chile-Chillán. Protagonizó una decidida lucha por la reforma universitaria y se ganó el odio de los terratenientes.

Stuardo estaba transitoriamente en el Estadio Chile debido a que se le siguió un proceso por la justicia ordinaria relacionado con responsabilidades de su cargo de Intendente. Por esos días arribó al Estadio Chile una delegación enviada por el senador Edward Kennedy para investigar sobre las violaciones de los derechos humanos en Chile.

Los militares trataban de darle a los personeros norteamericanos una versión casi idílica de la situación de los presos políticos, cuando Julio intervino para hacerles una relación detallada y valiente de lo que estaba ocurriendo.

Gracias a las denuncias de Stuardo —explicaba un dirigente sindical de Santiago—, nos levantaron la incomunicación a varios y se les prestó atención médica a otros... El riesgo del compañero Intendente tuvo su precio. A pesar que a los pocos días, la justicia ordinaria falló liberándolo de los cargos administrativos que se le formulaban, de inmediato fue otra vez detenido, ahora en virtud del Estado de Sitio... ¡Fue sin duda una venganza! Pero Stuardo no se inmutó, siguió firme y alentando a los compañeros.

El incidente fue de proporciones y hasta el general Bonilla llegó al Estadio de Chile para «comprobar» las denuncias. Otra vez Stuardo habló a nombre de los prisioneros y reiteró las acusaciones sobre malos tratos, penurias alimenticias, situación sanitaria, etcétera.

De cada uno de los hombres de Dawson se podría relatar hechos semejantes. Todos vivieron y soportaron los castigos del fascismo, sin arrojarse jamás.

Hay casos verdaderamente sorprendentes. Hombres que nunca fueron reconocidos como revolucionarios, sin embargo, fueron capaces de resistir la prueba con verdadero coraje moral y claridad política.

Pero todavía más, los compañeros de este grupo que han sido liberados, han expresado en público y en privado que allí se vivió un rico proceso de maduración política que habrá de tener una fecunda influencia en el futuro de la izquierda chilena.

No hay duda que estos compañeros se han ganado el cariño, respeto y admiración de los trabajadores chilenos por su consecuencia ejemplar.

Los militares constitucionalistas

Otro capítulo que puso a prueba los valores morales de la izquierda corresponde al proceso seguido contra los generales Alberto

nientes de la provincia de Ñuble por la intensa actividad cultural entre los campesinos, desarrollada por esa sede regional universitaria.

Bachelet y Orlando Poblete; los coroneles Carlos Ominami, Rolando Miranda y Ernesto Galaz; los capitanes Jorge Silva, Marillán y San Martín, todos de las Fuerzas Armadas Chilenas (FACH); el teniente Carlos Pérez Tovar, teniente de Ejército, numerosos otros militares y los dirigentes socialistas Carlos Lazo y Erich Schnake.

El grupo ha debido soportar probablemente la mayor cuota del castigo físico de parte de innumerables equipos de torturadores especializados en toda clase de «refinamientos».

El centro del odio estaba radicado en el general Bachelet, a quien los fascistas martirizaron hasta acabar con su vida, el 12 de marzo de 1974, a consecuencia de violentas torturas físicas y morales. «El General Bachelet murió entre sus compañeros, una atención oportuna en un centro especializado le habría salvado la vida pero la irresponsabilidad y la venganza pudieron más y no permitieron que si quiera viviendo».⁸

Su crimen no ha podido ser ocultado tras la cínica versión oficial: «El ex-general Alberto Bachelet murió de un ataque cardíaco».

El general Bachelet había sido uno de los pocos generales que se habían comprometido claramente con el programa patriótico de liberación nacional del Presidente Allende y había cumplido, con decisión y calidad, responsabilidades de gobierno en el difícil terreno de la distribución de artículos para el consumo popular.

Desde que asumió, fue uno de los blancos preferidos de la derecha cuyos voceros a pocas semanas pedían al general que se quitara la casaca militar para descubrir su camiseta roja.

En este monstruoso proceso jugó un papel destacado el Fiscal, general Orlando Gutiérrez Bravo y sus asesores: comandante de grupo, abogado Víctor Barahona; civil, abogado, Jaime Cruzar Corvera; comandante de escuadrilla, abogado Cristián Rodríguez, «este individuo fue separado del servicio durante el proceso, por aprovecharse económicamente de los prisioneros, extorsionándolos. Poco después fue reincorporado».

En el equipo de torturadores actuaron los siguientes oficiales de la FACH:

Coronel de aviación (Aire) Horacio Otaiza, comandante (Aire) Sergio Lizasoain Mitrano, comandante (Ingeniero) Edgardo Ceballos Jones, comandante (Aire) Jaime Lavín Fariña, comandante (Técnico) Erick Barrientos, comandante (Aire) Víctor Mattig, capitán (Aire) José García Huidobro, capitán (Aire) Florencio Dubble, capitán (Aire) Álvaro Gutiérrez, capitán (Aire) Alberto Waschtendorf.

⁸ Testimonio del general Sergio Poblete ante la Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile. Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile. Tercera Sesión, México, D. F., del 18 al 21 de febrero de 1975.

Como asesor técnico, especialista en Inteligencia Militar, graduado en los cursos de «contrainsurgencia» del Canal de Panamá, colaboró el comandante del aire Mario Jahn Ramírez.

Todos ellos expertos torturadores, algunos con cursos y diplomas del extranjero, obtenidos en los cursos de Inteligencia Militar ya sea en la Zona del Canal de Panamá, en Brasil y aún en los Estados Unidos, donde aprendieron las más modernas y científicas técnicas y procedimientos de interrogación de prisioneros, conforme a la experiencia de Vietnam y Brasil, destacándose por su brutalidad, Cáceres, Ceballos y Barahona, quienes fueron distinguidos con el título de «Inspectores».

Referente a Barahona, es interesante destacar que además de los cargos de asesor jurídico del Fiscal, se desempeñaba como torturador, interrogador y aun violador. Le correspondió actuar también durante un periodo como Fiscal Acusador. Además trabajó como asesor jurídico del Consejo de Guerra (segunda instancia) y abogado asesor del Juez de Aviación en la Tercera Instancia.

El 9 de febrero de 1974, un Consejo de Guerra integrado por el general (Aire) Juan Soler Manfredini y otros seis miembros; coronel (Aire) Eduardo Fonet Fernández, coronel (Sanidad) Humberto Berg Fontecilla, coronel (Ingeniero) Sergio Sanhueza López, coronel (abogado) Julio Tapia Falk, coronel (Aire) Javier Lopetegui Torres, y comandante (Aire) Carlos Godoy Avenaño, dictó «sentencia» en uno de los más escandalosos procesos seudojudiciales del fascismo chileno.

Durante el juicio, los abogados fueron restringidos e impedidos para expresarse, el Consejo no aceptaba que se mencionara los apremios ni menos las torturas, que se hablara de la legalidad del régimen del Presidente Constitucional Salvador Allende, tampoco se podía mencionar que las declaraciones de testigos habían sido obtenidas bajo presión. Por último, ni las defensas de los abogados, ni los antecedentes presentados, ni las declaraciones favorables de testigos fueron consideradas para nada por el Consejo de Guerra, ya que éste, obediente y disciplinado, cumplía con las instrucciones que previamente había recibido de más arriba, y sus miembros no tuvieron la personalidad ni el coraje de actuar conforme a sus conciencias, pero sí lo hicieron con cobardía.

En los fallos de este Consejo aparecen las violaciones más aberrantes que se han puesto en práctica en los últimos procesos.

Como demostración de las innumerables violaciones al derecho puedo mencionar que muchos prisioneros fueron acusados por el Fiscal de determinados delitos específicos; la defensa pre-

paró e hizo sus alegatos obviamente en conformidad a la acusación. Ahora bien, en el instante en que el Consejo de Guerra comunicó sus fallos, los hizo en base a supuestos nuevos delitos, tanto en cuanto a su tipo, como en las fechas que se suponían cometidos y que no figuraban en la acusación del Fiscal. Por lo tanto, no hubo oportunidad de defensa alguna, dejando en la indefensión absoluta a los acusados.

La camaradería, la solidaridad, el alto espíritu y fortaleza moral de todos los prisioneros políticos de guerra fue y sigue siendo un ejemplo para demostrar que las vicisitudes pasadas unen más a los hombres idealistas y los templa.

Esto ha sido una gran frustración para quienes pensaron que con los vejámenes y torturas podían quebrar a quienes tienen ideales firmes y bien fundamentados.⁹

El mismo general tuvo oportunidad de asistir como testigo a otro episodio en que se puso a prueba la fortaleza moral de otro dirigente de la izquierda chilena, Samuel Riquelme, subdirector de Investigaciones, militante del Partido Comunista.

Llevaron a Riquelme —relata el general Poblete— a la misma celda donde yo estaba. Se encontraba muy mal, pero siguieron pegándole, le sacaron los pantalones, trajeron un perro para que le lamiera, le seguían pegando, vomitó, le hicieron comer sus vómitos diciéndole que la comida estaba muy cara. El Fiscal Gutiérrez presenció parte de la escena, pero Riquelme con una entereza y coraje dignos de ejemplo y admiración gritaba «yo soy comunista, soy revolucionario y no renegaré ni de mis compañeros ni de mis ideas».¹⁰

Unidad en el temple moral

A Chacabuco llegaron compañeros que compartieron algún tiempo con este grupo las vicisitudes de su martirio. Con emoción nos hablaron del coraje, calidad humana y firmeza de principios de los militares y dirigentes socialistas. Todos, sin excepción, aún los condenados a muerte, dieron siempre ejemplo de coraje, patriotismo y conciencia política.

⁹ Testimonio del general Sergio Poblete. *Op. cit.*

¹⁰ Testimonio ante la Tercera Reunión Internacional de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile. México, febrero de 1975.

Cuando los notificaron de la pena de muerte, nosotros estábamos más aplastados moralmente que ellos... era increíble conversar con esos oficiales, son los mejores presos políticos que he conocido, decía un dirigente regional de Santiago del Partido Socialista.

En cuanto a Lazo y a Erich, —agregó— su comportamiento ha sido igualmente impresionante... Lazo condenado a muerte y Erich a secarse en la cárcel, estaban más serenos que muchos de nosotros que estamos detenidos sin cargos y sin proceso... los dos se han portado extraordinariamente bien...

Los generales fascistas, para justificar sus crímenes, inventaron la existencia del llamado Plan Zeta. El descabellado plan atribuido a los dirigentes de la Unidad Popular tendría por objeto asesinar a los oficiales de las Fuerzas Armadas, a sus esposas e hijos y a miles de dirigentes políticos y gremiales opositores al régimen de Allende.

En cada provincia los fascistas responsabilizaron de este plan a grupos de dirigentes populares que fueron ejecutados en sumarísimos Consejos de Guerra.

En Concepción, se acusó de ser los «cerebros» del Plan Zeta a Isidro Carrillo, líder minero del carbón; Danilo González, alcalde de la ciudad minera de Lota; Wladimir Araneda, profesor primario de Lota y, Bernabé Cabrera, obrero de la Compañía Carbonífera de Lota. Los cuatro eran dirigentes del Partido Comunista, Carrillo miembro del Comité Central y Araneda uno de los principales en el carbón.

La prensa regional desató una furiosa campaña de acusaciones tendientes a preparar a la opinión pública para un crimen que días después se consumó. Sostuvimos largas conversaciones particularmente con Danilo González a quien conocíamos desde nuestros primeros años de luchas políticas estudiantiles. Danilo estaba preocupado por las acusaciones pero conservaba una notable serenidad, mientras sus amigos estábamos cada día más nerviosos con su suerte, él pasaba largas horas jugando ajedrez.

Al despedirse de nosotros, cuando fue evacuado de la isla, recuerdo que nos dijo: «Si no nos vemos más, no olviden que no pueden aflojar, a mí podrán molerme a palos, podrán matarme, pero no me obligarán a traicionar a nadie... las acusaciones son ridículas pero no se trata ahora de pedirle sensatez a los fascistas, ellos quieren amedrentar a los mineros, pero se equivocan, a los mineros del carbón no los doblegará nadie».

Los dirigentes del carbón fueron trasladados a la Cuarta Comisaría de Carabineros de Concepción donde el mayor José Elgueta dirigió personalmente las torturas. Luego de varios días de maltratos fueron interrogados y acusados de ser los dirigentes regionales del Plan Zeta. El fiscal pidió 15 años de cárcel para cada uno de los

acusados, sin embargo la prensa fascista, exigió "una mano más dura con los extremistas". Al día siguiente el Consejo de Guerra presidido por el General Washington Carrasco, acordó la pena de muerte.¹¹

El fusilamiento se realizó frente a los muros de la Feria Regional del Bío-Bío por el personal del Servicio de Prisiones bajo el mando del teniente Raúl de la Fuente, el 22 de octubre de 1973. Los hombres encargados de disparar sobre los dirigentes mineros fueron presos de un gran nerviosismo y permanecieron inmóviles ante la orden de disparar. Era evidente que esta desobediencia había de conducirlos a su propia ejecución.

Isidro Carrillo les habló: "Somos inocentes. Toda nuestra vida la hemos entregado a la defensa de los intereses de los trabajadores. No se preocupen. No son ustedes culpables de este asesinato que se cometerá contra el pueblo. Son los fascistas los asesinos del presidente Allende, hay miles de mineros dispuestos a ocupar este lugar de combate que dejamos. Morimos por la Patria y cuando se muere por ella y por la Revolución, se vive eternamente. Cumplan con la orden que les han entregado. Viva el Partido Comunista. Viva Chile Libre".

Los condenados comenzaron a entonar la Internacional, que se interrumpió con la mortal descarga de los fusileros. Así entraron en la historia estos héroes de la revolución chilena que murieron con el honor con que caen los verdaderos revolucionarios.

Augusto Jiménez Jara era, el 11 de septiembre, subsecretario del Trabajo. Con la responsabilidad y lealtad política que ha caracterizado sus largos años de luchador social llegó a primera hora a su despacho, decidido a afrontar allí todos los riesgos. «Mi lugar es éste», respondió a los compañeros que lo instaban a abandonar el Ministerio y agregó: "Todos los compañeros que deseen irse, pueden hacerlo, pero yo no me moveré de aquí".

Esa actitud de Jiménez correspondía exactamente a una conducta que orientó sus pasos desde niño, cuando acompañaba a su padre, uno de los pioneros del movimiento obrero en Ñuble, en las manifestaciones callejeras reclamando justicia social, escribiendo en los muros consignas revolucionarias o colaborando con los huelguistas en la olla común.

Desde aquel tiempo, ha participado en ásperas luchas laborales y políticas. Paso a paso fue ascendiendo como sindicalista hasta llegar a dirigir, por muchos años, la Central Única de Trabajadores de Ñuble; paralelamente, fue destacándose en las filas del Partido So-

¹¹ La decisión de fusilar a los dirigentes del carbón estaba tomada con antelación al proceso, como lo reconoció el propio general Washington Carrasco, quien reconoció haber recibido instrucciones de la Junta Militar.

cialista hasta llegar a integrar y, en varios periodos, dirigir el Comité Regional.

En Ñuble no hay centro laboral, urbano o rural, donde Augusto Jiménez no sea conocido y respetado como organizador y defensor de los derechos de los trabajadores.

Cuando los universitarios nos internábamos en los campos y aldeas perdidas de la cordillera en nuestras jornadas culturales de verano, era habitual que algún campesino se nos acercara para preguntarnos por Augusto Jiménez y pedimos transmitirle su ruego para que llegase hasta ellos y conocer sus problemas. En varias ocasiones acompañamos a Jiménez en sus visitas a fundos, industrias y barrios obreros, y advertimos la profundidad de sus relaciones con los trabajadores. Nunca hemos conocido un dirigente del Partido que prestara mayor atención a los pequeños y grandes problemas de cada trabajador despedido o avasallado en sus derechos, de cada mujer abrumada por la salud de sus hijos, de cada anciano abandonado. De todos anotaba sus problemas y luego se ocupaba personalmente de resolverlos. Una dedicación tan intensa por su clase, le consumía un tiempo infinito, trabajando sin horario, sin vacaciones ni feriados y relevando al extremo sus asuntos personales.

Por eso, cuando lo encontramos en Chacabuco, entero y cordial como siempre, olvidado de las torturas no me sorprendí cuando algunos camaradas comentaron con admiración su comportamiento del 11 de septiembre.

En aquellos sucesos que probaron el acero de los revolucionarios chilenos, Jiménez ratificó su vocación socialista y su entrega ilimitada a una causa que siente con el cerebro y el corazón.

Entre los dirigentes socialistas de Concepción merecen una especial mención, por su coraje y entereza moral para enfrentar el duro y prolongado calvario a que los sometió el fascismo, los compañeros Jorge Peña, Julio Sau y Eliecer Carrasco que escaparon milagrosamente de la muerte. Pese a todos los apremios y dramática circunstancia que vivieron, se distinguieron por su serenidad e inquebrantable lealtad revolucionaria.

Eliecer Carrasco permaneció varias semanas en el Fuerte Borgoño y cuando nos reencontramos con él, estaba francamente irreconocible. Las torturas llegaron a tal extremo, que le marcaron a fuego en el cuerpo la sigla de su Partido. Estuvo detenido en 14 lugares, y pasó por manos de decenas de torturadores. Después de varios meses de reclusión en Chacabuco fue llevado a Melinka —presidio ubicado cerca de Valparaíso— y en diciembre se le condujo a la base naval de Talcahuano, a unos 700 kms. de distancia, transportado en un camión frigorífico, atado de pies y manos, y encapuchado. La temperatura del vehículo lo afectó a tal grado, que llegó a su destino prácticamente congelado. Otra vez regresaba al Fuerte Borgoña para

recibir nuevos malos tratos, enfrentar ridículas acusaciones ante un Consejo de Guerra.

Era evidente que existía la decisión de asesinarlo y al no mediar su formidable resistencia física, su voluntad de no traicionar a su Partido, su aguda inteligencia para afrontar los interrogatorios y la fuerte presión de la Iglesia y la Cruz Roja Internacional, se abrían consumado estos siniestros propósitos. Estas presiones obtuvieron por fin su libertad; pero apenas traspuso las puertas de presidio se ordenó otra vez detenerlo. Con el auxilio de camaradas, huyó clandestinamente a Santiago y logró penetrar a la Embajada de Venezuela. Desde el interior de la Embajada se las ingenió para tomar contacto con la dirección del Partido a quien pidió autorización para viajar al exterior. La mensajera llevó al Partido el siguiente planteamiento: "Me refugié en la Embajada como último recurso ante la nueva orden de detención, estoy enfermo, pero no saldré del país si ustedes no me autorizan". ¡Notable demostración de conciencia revolucionaria sobre la responsabilidad del dirigente! Carrasco obtuvo la inmediata autorización y salió para Rumania donde reposa ahora, afectado de tuberculosis.

Para los socialistas de Concepción, Carrasco, junto con otros nombres que por razones de seguridad debemos omitir, han representado una conducta admirable, digna de hacer escuela en el Partido.

Cuando nos preparábamos para salir de Chile, una noticia sacudió a la opinión pública: había caído luchando el líder y fundador del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, Miguel Enríquez Espinoza.

Conocí a Enríquez cuando iniciaba su carrera política en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, siendo recién alumno del primer año de la Escuela de Medicina. A primera vista, uno tenía la certeza de estar conversando con un joven excepcionalmente dotado: inteligente, imaginativo, incansable, valiente y carismático.

En poco tiempo, Enríquez era la figura dominante de la política estudiantil de Concepción. La fuerza de su personalidad fue sin duda factor decisivo en la influencia que el pequeño grupo de revolucionarios aglutinados a su alrededor, pasara a convertirse en un movimiento de significación en pocos años.

Enríquez era hombre de buena madera. Consecuentemente con sus principios, despreció el dinero que le ofrecía su profesión, la tranquilidad con que muchos sectores de la pequeña burguesía combinan su radicalismo político con las comodidades de la sociedad de consumo que rechazan en sus tesis revolucionarias, renunció a los honores y ventajas inmediatas que otra conducta política le habría brindado con creces.

Convencido como estaba que la lucha armada constituía el eje central de la resistencia contra la dictadura, tomó las armas y con ellas en la mano comenzó a preparar a su Movimiento para dar los pasos que señalaba su estrategia. Con las armas en la mano cayó luchando.

Conocidas son las discrepancias de la Unidad Popular con el MIR sobre aspectos tácticos, pero nos parece justo, al margen de estas discrepancias, reconocer el valor moral que representan en política la consecuencia de la conducta con las palabras.

Miguel Enríquez era distinto de ciertos partidarios de la lucha armada que tienen en cada café una Sierra Maestra, que usan sus consignas para «diferenciarse de la izquierda tradicional», sin arriesgar jamás el pellejo por las razones teóricas que postulan en sus declaraciones vocingleras.

Enríquez vivió de acuerdo a lo que creyó justo para la liberación de su pueblo y murió jugándose por la línea de sus análisis políticos.

Por la ejemplar consecuencia revolucionaria de su breve existencia heroicamente sacrificada, ha entrado con honor en la historia de la Revolución Chilena.

Juan Bautista Van Showen era uno de los principales líderes del MIR. Capturado por los militares recibió un tratamiento tan bárbaro que durante meses se temió por su vida. La presión internacional permitió ubicarlo y quitarlo de las garras de sus verdugos. Hoy sabemos que está vivo pero con daños físicos irreparables; no obstante se ha podido saber que su fortaleza ha sido admirable y que ningún castigo ni humillación pudo destruir su vocación revolucionaria.

El periodista Manuel Cabieses era uno de los hombres más odiados por el fascismo chileno y recibió desde el primer día de su captura un sistemático maltrato físico y psicológico. Cuando lo encontramos en Chacabuco quedamos impresionados por su deterioro físico, pero todavía mucho más por su impecable conducta revolucionaria. Las actividades culturales del campo lo contaron siempre entre sus animadores más eficaces y su espíritu unitario contribuyó muchas veces a la armonía entre los prisioneros.

El abogado Pedro Enríquez Barra, dirigente del MIR de Concepción fue objeto de una feroz cacería con orden de aprehenderlo «vivo o muerto». Mientras se le persegua, una miserable campaña de prensa trataba de minar su prestigio de abogado de sindicatos y vincularlo a siniestros planes terroristas. Fue capturado y llevado al Estadio Regional de Concepción y luego al Fuerte Borgoño donde sufrió un prolongado martirio. Enríquez regresó al estadio y con nosotros partió a Chacabuco donde tuvimos ocasión de compartir varios meses de presidio. Era asombrosa la serenidad de un dirigente

que figuraba en los primeros lugares del odio fascista, su claridad política y espíritu unitario para enfrentar el porvenir.

Laura Allende, hermana del presidente mártir fue detenida a fines del año de 1974. No obstante, su delicado estado de salud se le acusó de vinculaciones con el MIR, partido al que pertenece su hijo Andrés Pascal Allende, sucesor de Miguel Enríquez en la jefatura de ese grupo revolucionario. Cuando Laura Allende llegó detenida a Tres Álamos, los prisioneros experimentaron una profunda emoción. Nadie mejor que Laurita, como le dice el pueblo, simbolizaba en ese campo de concentración la lucha del presidente Allende: diputada por Santiago, se había ganado el cariño y la admiración de los trabajadores por su ilimitada entrega a sus luchas contra la explotación capitalista.

Laura Allende como prisionera se constituyó en un estímulo y ejemplo moral extraordinario. Desde el primer instante transmitió a sus compañeros, con su entereza, dignidad y decisión de no humillarse aún a costa de los peores vejámenes, un poderoso aliento revolucionario.

La paja y el grano

Hemos señalado sólo algunos de los hechos relevantes de la conducta de numerosos dirigentes de la izquierda chilena. Pruebas semejantes de consecuencia revolucionaria y heroísmo se cuentan por miles en todos los niveles de la organización popular. Innumerables dirigentes obreros y campesinos, cuyos nombres conocerá la historia del futuro, mostraron la fuerza de sus convicciones y su calidad moral. Los valores morales de la izquierda chilena, sometidos a prueba en esta hora decisiva, han demostrado que nuestro pueblo vencerá, «más temprano que tarde», porque cuenta con hombres y mujeres que no se doblegarán jamás en su empeño de liberar a la patria del imperialismo y de la tiranía.

La consecuencia entre las palabras y los hechos ha constituido una regla de oro en la tradición revolucionaria. Martí no aceptó ser un dirigente de la retaguardia y buscó el riesgo del combate, porque sin hacerlo carecería de verdadera autoridad moral para exigir a su pueblo los sacrificios de la lucha. Fidel, cuando el Moncada, rechazó los consejos de sus compañeros para permanecer alejado de los riesgos del asalto y reclamó su posición de vanguardia jugándose la vida. Más tarde, volvería en Girón a ponerse al frente de sus hombres para encarar la agresión.

Por eso, cuando en la reunión de despedida de Fidel Castro de su viaje a Chile, Salvador Allende juró ante su pueblo reunido en el

Estadio Nacional de Santiago, que sólo acribillado a balazos saldría de la Moneda, Fidel saludó esa declaración subrayando la importancia que tenía para un proceso revolucionario que los dirigentes estuviesen dispuestos a asumir, aún a riesgo de sus vidas, los papeles impuestos por las circunstancias.

Su sacrificio, concientemente aceptado para responder a la lealtad del pueblo y estigmatizar a los generales de la CIA, representó en los campos de concentración, en las noches solitarias del desierto o de las islas, en la estrechez y la inmundicia de las celdas, en las cámaras de tortura, una fuerza moral extraordinaria que sostenía la voluntad de resistir, de ser dignos de su memoria, de su ejemplo de héroe del pueblo.

Cuando uno veía a los compañeros marchar con paso firme hasta los Consejos de Guerra, sus cuerpos deshechos pero sin trizadura en sus espíritus, cuando uno sabía del heroísmo de tantos dirigentes y militantes de base, sentía que una poderosa fuerza moral animaba la sangre y la decisión de soportarlo todo antes de perder la dignidad revolucionaria que era el mayor orgullo de los presos políticos.

Con sobrada razón Carlos Altamirano, ha dicho que "no es demagógica la exigencia de autoridad moral en el Partido, cuando esa exigencia se sustenta en actitudes humanas de indudable valor político".

Efectivamente, los sucesos que narramos han producido actitudes morales cargadas de connotación política. Cuando hablamos de moral revolucionaria, obviamente no estamos hablando de la moralidad pequeñaburguesa fundada en los valores eternos, sino en los principios de conducta consustanciales al compromiso revolucionario.

Se trata del registro implacable que el pueblo está haciendo en esta etapa de la conducta de sus dirigentes y en ese examen es indudable que los actos de firmeza de principios, de valentía para enfrentar los riesgos, de responsabilidad en el cumplimiento de los deberes que cada quien tenía, de lealtad y solidaridad, adquieren una dimensión colosal que habrá de nutrir hermosos capítulos de la historia, la literatura y el arte de nuestro pueblo.

Los que murieron con la bandera de la revolución en sus manos, son ya sus héroes inmortales.

Los que viven y luchan en la clandestinidad, ofreciendo sus vidas a la revolución, son ya reconocidos como dirigentes auténticos, valientes y generosos.

Los que soportaron la tortura y los castigos físicos y morales, con entereza y dignidad, son sus cuadros probados y confiables.

El golpe separó la paja del grano, se decía en Quiriquina.

Los porfiados hechos cerraron el tiempo del verbalismo revolucionario y convirtieron a la conducta revolucionaria en la medida de todas las cosas. La historia trágica de estos sucesos ha fortalecido la convicción de los trabajadores chilenos de que pueden reiniciar el camino, corregir errores y vencer, porque tienen dirigentes y militantes con capacidad para «vivir con honor o morir con gloria», como nos enseñó O'Higgins, el Libertador de Chile.